

# Letras de Molde

AÑO I.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
Madrid: Trimestre: 1,25 pesetas. Año, 4,50 id.—Provincias y Portugal: Trimestre, 1,50 pesetas. Año, 5,00 id.—Extranjero: Semestre, 5 francos. Año, 10 id.

MADRID  
Lunes 15 de Enero de 1900.

Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18.  
TELÉFONO, 558.  
Número suelto, 10 céntimos.

NÚM. 1.º

## COLABORADORES

Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Leopoldo Alas (Clarín), Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Víctor Balaguer, Jacinto Benavente, Eusebio Blasco, Vicente Blasco Ibáñez, Javier de Burgos, Juan Antonio Cabestany, Joaquín Dicenta, José Echegaray, E. Ferrer, Eloy García de Quevedo, Vicente Lampérez, José de Laugí, José López Silva, Federico Oliver, Manuel del Palacio, Ceferino Palencia, Antonio Palomero, José María de Pereda, Jacinto O. Picón, José Ponsá, José Ortega Munilla, Miguel Ramos Carrión, Arturo Reyes, Manuel de Sandoval, Eugenio Sellés, Luis Taboada, Luis Terán, Mariano de Val, Juan Valera, Ricardo y Enrique de la Vega, José Verdes Montenegro.

Esta lista es la mejor promesa; con decir que en todos los números de LETRAS DE MOLDE figurarán nombres de los que la forman, está expuesto nuestro programa. Las firmas que la componen son la mejor garantía. Intentamos hacer un periódico dedicado a lo que tanta gloria ha dado siempre a nuestra Patria: las letras y las artes. Trabajaremos con el entusiasmo propio de la juventud animada por la esperanza y con la buena fe que inspira una obra noble. Al reunir los nombres de nuestros primeros escritores, honrándonos en rendirles tributo de admiración, queremos que ellos lleven la bandera y alienten a los jóvenes, que, así protegidos, podrán darse a conocer y seguir el camino por donde han llegado los que están arriba y tan alto han puesto en el mundo el nombre de España.

LETRAS DE MOLDE envía su respetuoso y cariñoso saludo a todos los periódicos de Madrid y de provincias sin distinción de colores, tendencias ni partidos.

## POR TIERRAS DE LEVANTE

### LA HUERTA DE MURCIA

MI primer curiosidad de viaje fué preguntarme el origen de la frase «estar entre Pinto y Valdemoro». ¿Si Alrededor del Mundo me sacase de dudas? Rebosará el vino en la comarca que voy cruzando, pero lo único que se oye pregonar en voz estridente es: «agua fresca».

La luz de la luna descubre en Pinto masas de frondoso arbolado. Sin transición, presenta Ciempuzuelos aspecto de erial, salpicado de achaparrados olivos. Surge Aranjuez y reaparecen los árboles, apretados, copudos, gigantescos, dignos del aristocrático y abandonado Sitio Real. El Tajo corta con ancho gladio de plata la espesura, y noto sorprendida que asciende de las márgenes del sacro río un penetrante olor a fresa. Sé que no puede ser, en esta época del año, y sin embargo, no creo que la fantasía engañe tanto a los sentidos. El conocido aroma de la fresilla primaveral era el que subía envuelto en el frescor de las aguas del padre Tajo.

Pasamos la Flamenca, sin que desde el tren se adivine la soberbia finca de recreo; desfilan varias estaciones, y nos detenemos en Alcazar de San Juan. —Hay una nota de fuerte romanticismo a lo Víctor Hugo en ese grito, que sugiere dramáticas escenas: «¡Cuchillos! ¡Navajas! ¡Punales!» El extranjero que se despierte de súbito y vea ante sí a un hombre-arsenal, presentando la caja donde reducen las cortantes hojas y se encorvan las formas siniestras de las lenguas de vaca, ¿qué apuntará en su cartera? —Los españoles estamos acostumbrados a la mercadería. Sin embargo feríamos la más reluciente y chiquita de las navajas, para afilar el lápiz de los apuntes.

Como el coche en que figura el reservado de señoras no va directo a Murcia, tengo que apechugar con un departamento cualquiera. Y lo invade una pareja madrileña castiza, que se dirige al balneario de Fortuna, ó inmediatamente me achaca un reumatismo que me obliga a tomar los mismos baños. Digo que si por no decir que no, y mientras la señora bebe agua de una botella ordinaria, el marido se fuma un tabaco criminal. A bien que la noche es tibia, y la ventanilla abierta permite respirar aire puro. La pertenencia a los rincones, duerme estrechamente, y el tren se desliza entre blancuras próximas y misteriosas lejanías de un vago azul de cristal. Pasan horas, y el cielo empieza a sonrosearse como unas mejillas, a incendiarse después. No he visto amanecer así. Estábamos en Albacete, y se diría que un mar de sangre, fluyendo de heridas causadas por todos los puñales que allí se han fabricado desde que existe tal industria, iba a envolver en sus olas rojas el pueblo. La primera mañana de mi viaje es de fuego y anuncia calor horrible. Se van apagando los ardientes arboles; descúbrese un celaje gris, y salpican los vidrios gotas de lluvia.

No pudiendo resistir la peste de tagarrina, acabo por refugiarme en el reservado de señoras, donde entran dos del tipo más clásico, español neto: la madre, una dueña grave, enlutada, abacial; la hija, pávida, guapa, triste, de hábito de los Dolores con co-reca y escudo. Al arrancar el tren hacen la señal de la cruz, y en seguida rompen a hablarse, en tono serio y como quien trata asunto de gran trascendencia... de la corrida de toros en las ferias del pueblecillo adonde se dirigen. ¡Lástima de lluvias! ¡Qué fatalidad, la corrida estropeada! Y lo que es los toros, son de poder; darían juego... El comentario de este diálogo á media voz es la flamante plaza que se levanta en Hellín, la primera que columbro en este viaje, donde pierdo la cuenta de las que he visto!

La aridez de Calasparra me aconseja que cierre los ojos y dormite un rato. En Cieza me despabilo y miro sorprendida el paisaje. Onduloso, con vastos surcos que semejan el fondo del mar arado por el oleaje y estratificado después, recuerda los muertos valles de la luna, desprovistos de agua y de vegetación. Sólo un nopal se alza del duro suelo, el primer nopal, que con sus rígidas pencas, dedos de enorme mano verde, señala el rumbo hacia la región morisca. Hasta llegar á Cataluña, ya no me abandonará el nopal, que orla los caminos y cierra las heredades.

Según nos acercamos á Murcia, las nubes se disipan, el sol brilla, las gotas lloviznas se evaporan, el aire se hace seco, ligero, elástico, y trae efluvios de olorosas flores. Y en efecto, por las estaciones, en vez de venderse comestibles, ó armas mortíferas, ó leche, ó agua, le ofrecen al viajero flores, ramos enormes, muy artificioosamente montados, como los que se envían á las actrices en día de beneficio; perfumada inutilidad, ó más bien estorbo, que no sé para qué se compra, y por lo mismo no puede dejar de comprarse, risueño emblema de la Huerta murciana, toda ella un ramillete.

Sin embargo, de la famosa Huerta, edén cantado por un poeta muy semejante á los de mi región galiciana, sentido y melancólico lo mismo que los de allí... —Medina —de la Huerta, digo, no veo todavía señales... La tierra es gris y arcillosa, las chumberas palidecen bajo la capa de resaca de polvo. Desde Alcazaras, por fin, asoma el lujo de los fértiles campos, y la vista de los plantíos me alegra poco menos que á Juan Jacobo Rousseau la de la pervinca. Recuadros de hortaliza, altos y gráciles cañaverales en flor, sencillas, mucho pozo, mucha noria, y ese vaho imperceptible de las plantas regadas al beber el sol los aljofarces depositados en sus hojas.

MI primer impresión de la Huerta no es optimista. No en balde he nacido en tierra que gentes poco aficionadas á remozar epítetos siguen llamando verde Erin. Mis ojos están llenos de la clara agua marina de los prados y la sombra esmeralda de los bosques. Mi retina se complace en lo gris del cielo y lo azulado del humo y lo rojizo del ramaje en otoño.

La vegetación de la Huerta, al pronto se me figura escasa, tasada, clásicamente regular. Por otra parte, me desorienta el maíz, que cubre buena parte de la vega. Maíces aquí... ¡Se ha hablado tanto de los frescos y rumorosos maizales gallegos! Nunca pensé venir hasta Murcia para ver campos de esa misma planta, de la cual saquen mis paisanos su grosera borona...

La contemplación del paisaje y su lirismo no son impresiones espontáneas: proceden de la reflexión. Sin que yo llegue al extremo de decir que «un paisaje es un estado de alma», creo que en esta materia es preciso pensar antes de sentir, y que los niños, la gente inculta, son insensibles, por lo general, á la hermosura de la naturaleza, y no aprecian su variedad delectosa. A las dos horas de estar en Murcia entré de lleno en la poesía peculiar de la Huerta. Comprendí que allí no hay superfluidad alguna, y que si bien repartida y aprovechada está el agua del río, lo mismo la vegetación. Sólo visten de verdor el fino tapiz de esta llanura árboles ó plantas útiles, flores de esencia embriagadora: la morera, alimento del gusano; el granado con sus pomos cuajados de rubies, la palmera coronada de su amarillo fruto, la parra que presta sombra y ería el racimo de miel, el limonero y el naranja que derraman el olor de sus azahares, y también el rosado pimiento y la escarchada sandía y... ¿quién podrá contar los productos del privilegiado suelo, fecundado por un sol amoroso y por el agua viva de los azarbes, cuyo murmurio musical regala el oído?

Por la Huerta conviene andar á pie, dejando el tranvía que nos lleva hasta la primera estación y nos suelta en el corazón mismo del vergel. Y es preciso registrar, al través de la puerta abierta siempre, las limpias, las pintorescas moradas de los huertanos. En esto sí que no vacilé un instante: el contraste con Galicia fué hasta obscuro. Recordar las viviendas de nuestros labriegos, oscuras, desaseadas, donde viven en promiscuidad los seres humanos y los animales de labor, sin chimenea, ahogados en humo... y ver estas mansiones tan humildes, pero tan pulcras, y claras, con sus cacharros vidriados de colorines, su cántara rezumando, todo en orden, barrido, y allá en el fondo, pendiente de un clavo, la guitarra... Restos de una civilización poderosa en la Península, de esa civilización árabe que encontré aquí un terreno propio, son todavía las viviendas, las costumbres, el sistema de cultivo, el carácter de la gente de la Huerta. Y como los viajes enseñan á depurar las nociones históricas, me salta á los ojos en Murcia una verdad, confirmada después al recorrer estas comarcas levantinas, y que un amigo mío de Alicante expresa, diciendo que si los moros volvieran á pasar el Estrecho, no tendrían que hacer nada ni que tomarse molestia alguna, sino meterse cada uno en su casa.

EMILIA PARDO BAZAN.

## ELISA DE PASEO

Famosa por su despejo,  
Tremenda por sus conquistas,  
Del sosiego de los hombres  
Irresistible enemiga.  
Por la Fuente Castellana  
Ayer con su madre iba,  
Sal derramando á puñados  
Y gracia, la bella Elisa.  
La envidiaban las mujeres,  
Los hombres la bendecían,  
Los pollos alfeitados  
Se quedaban á su vista;  
Las hadas que la dotaron  
De beldad tan peregrina,  
¡Graban en terno de ella  
Con encantada sonrisa.

Un ejército de amores  
Invisible la seguía,  
Avasallándolo todo.  
Como Pizarro en las Indias.  
Las flores daban su olor  
Al pasar la hermosa niña;  
Los pajarillos cantaban,  
Los árboles florecían;  
Y por verla y por copiarla  
En sus ondas cristalinas,  
Brineaban de amor las fuentes.  
O murmuraban de envidia.  
Ella, como sol que nace,  
Llevaba en la frente el día,  
Luz en los ojos divinos  
Y carmin en las mejillas.  
En la boca, entre un tesoro  
De coral y perlas finas,  
Panalito perfumado  
De dulce miel escondida.  
Al pasar yo junto á ella  
Fué tanta mi golosina,  
Que me hubiera convertido  
En zángano ó en avispa.

JUAN VALERA

De la Real Academia Española.

## EL TALÓN DE AQUILES

Aquella noche estábamos en familia en casa de Ruidalgo, en el delicioso gabinete azul que parece reducción de la Tribuna florentina, tan lleno está de magistrales obras de arte, dignas de un museo.

Todo Madrid conoce el severo orden aristocrático y el acompañamiento casi litúrgico de las costumbres de los viejos Marqueses. Al sonar la primera campanada de las doce aparece Gastón, el antiguo maître francés, con el servicio del té, que viene á ser el punto final y como la queda de aquellas encantadoras veladas, las cuales siempre habían sido representación fidelísima del carácter pacífico, piadoso é inalterable de los dueños de la casa, singularmente de la Marquesa, que odiaba las novedades, tanto como las discusiones y el ruido, y que tenía absolutamente prohibidas las presentaciones, para no exponerse á recibir gentes desconocidas y aplebadas.

Pero el amor apasionado del Marqués hacia las letras y el culto de fervorosa admiración que tributaba al ilustre Méndez-Alba, frecuentador asiduo de la casa, habían sido partes á que en ella fuese admitido nada menos que Gustavo Fonseca, el hombre del día; mozo, como todos sabemos, de obscuro origen, si de brillantísimo presente; escritor moderatista que se jacta de hacer tabla rasa, así de los antiguos modos como de los escrúpulos morales, satírico audacísimo, desollador sangriento de toda buena fama; causer á la moda, rápido, incisivo, picante, desdenoso, vanidosísimo y siempre enterado en política, en chismes, anécdotas y escándalos; sabedor, en fin, de todas las cosas y obras muchas más, pero sin asomo de aquello que antaño se tenía por buena crianza, atención, respetos, delicadezas —formas sociales de la caridad,— personaje, en suma, que parecía hecho de encargo para tener en continua tensión los nervios de la pobre marquesa.

Gustaba Fonseca de forzar el aplauso por todos los reprobados medios propios de los artistas sin genio ni grandeza, de los espíritus estériles que, faltos de savia y de virtud para producir generosamente la pura flor de la belleza, inaccesible á todo bajo interés y mezquino provecho, empuñaban como Erostrato en pedir al escándalo la celebridad que no puede darles la gloria.

Mentira parecida que el Marqués, aquel caballero tan cabal, comedido y misericordioso, aguantase en paciencia el golpe de infamias que supuraba aquella boca. Pero Fonseca había sido, más que presentado, impuesto á Ruidalgo por Méndez Alba, el grande y prestigioso poeta, y... —como de estas injusticias suele producir la pasión que ciega con vendeda maravillosa! —lo que en otros labios hubiera condenado el Marqués por calumnias, insultos, groserías ó libertades intolerables en los de Fonseca, celebrábase por donaires, gracias, agudezas, flor de ingenio. Además... ¡era tan joven, brotaba con tantos bríos la floración de su rica fantasía!

La noche de mi cuento —que no es cuento, sino historia muy verídica y reciente —estábamos, como dije, en familia, en el gabinete azul; y por más esfuerzos que hizo la Marquesa para encauzar la conversación por cauces más limpios que los de la maledicencia, Fonseca — ayudado inconscientemente por la empuetada curiosidad de todos — logró hacerla derivar rápida y violentamente hacia ellos; y allá rodaba, voluble y espumosa, sobre el podrido légame, llevándose consigo girones de honra, acaso inmaculada y siempre digna de respeto ó de misericordia.

No estaba Méndez Alba, y quiso la mala casualidad que á uno de los presentes, á Conchita Santurce, ocurriérale advertir su falta, observando que estas ausencias del poeta iban menudeando, y eran tanto más de notar en contortulio tan puntual y asiduo, que le llamábamos por su constancia el imperterritio.

Y mientras los demás apoyaban la observación, Fonseca, con ese tono de impertinente pedantería que le es propio, preguntó ahuecando la voz: —¿Recuerda usted, Conchita, la hermosa fábula de la invulnerabilidad de Aquiles?

—En francés la aprendí en el colegio... pero, la verdad, estoy mal de mitología: si usted quiere contarla...

Temeroso de que Gustavo accediese, previno el Marqués:

—Fonseca es sobrado discreto para intentar siquiera darnos semejante lección á estas alturas; pero, en cambio, va á ser tan amable que nos diga el por qué de su recuerdo gentilicio y la relación de éste con las ausencias de Méndez-Alba, pues creo que de esto hablábamos cuando sobrevino Aquiles. —No pensaba yo, querido Marqués, poner cátedra

de mitología, y ha hecho usted bien en comprenderlo así —contestó incisivamente Fonseca;— en cuanto á la oportunidad de mi cita, ó sea la relación que existe entre Aquiles y Méndez Alba, fácilmente se adivina; ante todo, ya se sabe que ambos son inmortales, porque un semidios y un poeta vienen á ser hermanos, ó, por lo menos, primos —el escritor smartabominables versos. —Además, —prosiguió— ya recordarán ustedes que el hijo de Peleo era invulnerable en toda su divina persona, menos en aquel pícaro talón por el cual la señora Tetis, su madre, tentale agarrado al zambullirle en las sagradas aguas de la Estigia, que hicieron impenetrable á la muerte todo el cuerpo del héroe de Troya... todo, menos aquel condenado calcáneo por donde el tuno de París le atizó la flechita que dió al traste con la inmortalidad del crestudo Aquiles, que dijo Virgilio.

Entraña, pues, la hermosa fábula griega negro y profundo sentido pesimista, que, traducido al cristiano, significa que, por grande, impecable, glorioso é invencible que nos parezca un hombre... tiene siempre infaliblemente un punto flaco, una parte débil y vulnerable que yo llamo el talón de Aquiles. Miró el Marqués á Fonseca con mirada que hería y centelleaba, y díjole airadamente, como azotándole al hablar el rostro airado consumido por la envidia.

—¿Es decir que también Méndez-Alba, nuestro querido amigo, el glorioso poeta, su noble protector de usted, tiene su punto flaco y vulnerable? —Y agregó duramente: —Pues mire usted, señor Fonseca, no queremos conocerlo.

La Marquesa, radiante de puro júbilo, besó con los ojos á su marido. Y Fonseca, vibrante de cólera y despecho, dijo, simulando la mayor tranquilidad y frescura:

—Por Dios, Marqués, no es para tanto la cosa! Lo que yo pensaba decir es lo que á estas horas dice todo Madrid: que también nuestro gran poeta tiene su talón de Aquiles, y en plata ó en billetes, como ustedes quieran, que Méndez-Alba ha prestado dinero á su amigo Villares, que la mujer de Villares es de perlas y que...

—Basta, Sr. Fonseca!... —pronunciaba el Marqués, cuando la puerta del gabinete se abrió; alzóse el cortinón blasonado y apareció tras él Méndez-Alba en persona, cuya presencia asustó á la Marquesa, alarmó al Marqués, desconcertó al imperturbable Fonseca y nos dejó á todos mudos y ahelbertados de zozobra.

La noble y arrogante figura del poeta era de aquellas que se imponen por derecho de grandeza innata, y podía decirse de él que tenía la presencia elocuente, la mirada insostenible y avasalladora la palabra.

Su llegada á aquellas horas no era insólita: á veces, desertando de teatros ó veladas literarias, solía llegar á punto de tomar el té con nosotros. Pero bastaba verle para leer en toda su persona que había escuchado las últimas palabras de su protegido. Con sólo mirarle lo comprendió Fonseca, y perdió instantáneamente el color de los labios, único reflejo de vida en aquella cabeza de muerto.

Pero el poeta no venía de guerra, sino al contrario, sereno, muy sereno, sólo que su calma imponía. Un poco pálido estaba; pero tranquilo y hasta sonriente saludó á todos, tomó la taza de té que Gastón le sirvió, como de costumbre, y revolviendo con la cucharilla de oro el aromático líquido, pronunció lentamente:

—A tiempo de entrar he oído que el amigo Fonseca hablaba del talón de Aquiles, su tema favorito, y como la tesis puede ser fecunda en asuntos, voy á ofrecerle un interesantísimo, sangriento... moralmente —no se asusten ustedes, señores,— y tan de actualidad, que está fresco, sangra todavía.

—Amigo mío —intervino la Marquesa, casi suplicante,— tome usted su té con sosiego y otro día...

—Querida Marquesa, por una vez en la vida permitame usted que no la obedezca incondicionalmente. Pero usted se alegrará de mi desobediencia cuando conozca la historia prometida.

Fonseca se agitó cual si fuera á levantarse súbitamente, abrió la boca como para hablar, pero desconcertado bajo las miradas del poeta, que no las apartaba de él, y pensando que sólo la audacia podía salvarle, se retorció nerviosamente el bigote, sonrió con forzada mueca y se preparó á recibir en plena faz el rayo que veía y se cernía sobre él.

Y Méndez-Alba, sin apartar de Fonseca los ojos, empezó:

—Hace algunos años vino á Madrid, desde una provincia levantina, un pobre mozo desvalido, á quien sus padres, prestamistas de baja estofa y peores artes, dejaron por solo patrimonio la miseria, y lo que es peor, la deshonra, porque el padre acababa de morir en presidio y la madre vivía de modo que más le hubiera valido morir.

Los ojos de Fonseca echaron lumbres, su cuerpo se irguió como para levantarse, pero acabó por quedarse quieto y como clavado en la silla.

—Venía el muchacho tan roto y astroso, que las carnes se le parecían por entre los girones de las ropas; y no menos desnudo que el cuerpo, traía el espíritu de toda educación y enseñanza. Pero era listo ¡eso sí! y mostraba vivas ansias de saber, de progresar y hacerse hombre. Cualidades que cayeron en gracia á cierto amigo mío, escritor conocido á quien llamaremos convencionalmente — porque vive y tiene nombre notorio — López-Blanco, el cual, mediante ciertas recomendaciones que el rapaz le traía de su provincia, recibióle en calidad de oriado-estudiante, de esos que cobran por salario el tiempo y la libertad que para sus estudios necesitan.

Mi amigo López-Blanco podrá carecer de genio poético, pero tiene corazón de artista, todo misericordia, á prueba de ingratitude, y no sólo recibió bien al despierto mozo, sino que dolido de su suerte, pensó realizar una piadosa obra apoyando al miserable para que, con los bríos de su inteligencia, se alzase de su nada y se redimiera de su heredada vergüenza.

Daba el mozo, desde luego, singulares muestras